

La ciudad sin límites

Kay Kenyon

Traducción:

Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo



Libros publicados de Kay Kenyon

**EL OMNIVERSO Y LA ROSA**

1. Un destello en el cielo
2. Un mundo demasiado próximo
3. La ciudad sin límites

Próximamente:

4. *Prince of Storms*

Título original: *City Without End*  
Primera edición

© Kay Kenyon, 2009

Ilustración de cubierta: © Stephan Martiniere

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-691-9 Depósito legal: B-xxxxxxx

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

*A mi esposo, con cariño*

## Agradecimientos

En esta serie, sigo teniendo una deuda con aquellos que consintieron con agrado leer borradores y darme consejos sobre ciencia y tecnología. Toda mi gratitud para mi marido y primer lector, Thomas Overcast, la escritora de ciencia ficción Karen Fisher, el escritor de ciencia ficción de línea dura Robert Metzger, el físico teórico Todd Brun; y, por los consejos relativos a traumatismos, doy las gracias a Matt Balsler, del servicio médico de Emergencias. Todos tuvieron la amabilidad de leer y opinar sobre distintas partes de este libro. En los casos en los que la trama se aleja de lo estrictamente posible y lo plausible dentro de la ficción, solo yo soy responsable. A mi agente, Donald Maass, le agradezco sinceramente que me sugiriera la idea de esta trama. Estoy en deuda con mi editor, Lou Anders, por sus sugerencias y su contagiosa pasión por esta serie, así como por la idea de combinar mi historia con los diseños del fantástico Stephan Martinieri.

Primera parte  
El pequeño dios



## Prólogo: El Omniverso

Junto al muro de tempestad, Ahnenhoon.  
Más allá del campo de batalla, Ahnenhoon.  
Por encima de los ejércitos, Ahnenhoon.  
Alrededor de la barrera, Ahnenhoon.  
Bajo las banderas fúnebres, Ahnenhoon.

—Canción militar

Aún tenía tierra bajo las uñas. Tierra de su tumba. Enormes manos de nudosas articulaciones y gruesos dedos, ahora cubiertos de tierra. Esperaba un entierro con mortaja. Cuando recuperó la consciencia en una caja, entre sonidos de palas, y vio las franjas de luz que se colaban por las rendijas, supo que tendría que darse prisa. Cuando la tierra comenzó a caer sobre la tapa, bendijo a Bei, que le había dado un cuchillo para romper los tablones.

Y así lo hizo. Logró liberar uno de sus hombros, y se cubrió la boca con la mano para proteger una bolsa de aire. Los encargados de cavar la tumba sin duda tenían prisa por meterse en los cálidos lechos de las barracas de Ahnenhoon, y habrían cavado la tumba apresuradamente. Era poco profunda, por fortuna.

Mo Ti llenó de nuevo la tumba de tierra junto a los grandes muros exteriores de la fortaleza. A lo lejos, oyó las armas defensivas del ejército. Los paion debían de estar atacando con fuerza; sus aeronaves surgían del mismo cielo y dejaban caer ulcerantes lluvias sobre los ejércitos del Omniverso. Bien. La muerte era una estupenda distracción en una noche como esta; quizá fuera la ventaja que le salvaría.

Aunque el ocaso estaba en la fase del Profundo, la más oscura de todas, el adormecido cielo aún ardía en lavanda, y dejaba caer sobre él una lastimera luz. Tenía que buscar escondrijos entre las colinas. Debido a su tamaño y altura, no era fácil que lo pasaran por alto, y su rostro, semejante al tronco de un árbol, hacía que fuera igual de difícil olvidarlo. Estaba débil por la pérdida de sangre, pero aún podía encargarse de uno o dos soldados. Poco podría hacer, sin embargo, contra los terribles lores, enjutos y crueles, o los paion, que sobrevolaban los prados de hierba

en sus terribles naves. No me mires, Dios Miserable, rezó en silencio. Señor del Dolor, no soy digno de tu atención, solo soy un insecto en el barro.

Antes de alejarse, se detuvo para leer la bandera de su tumba. «Monstruo de la barrera.» Mo Ti sonrió. *Sí, soy un monstruo para vosotros, altísimos lores tarig.* Inclino su enorme y deforme cuerpo en una burlona obediencia a la barrera, la fortaleza de los lores, que se erigía por encima de las defensas concéntricas de la fortaleza. *Volveréis a verme, gratiosos lores.*

Tenía mucho que echarles en cara, pero no que le hubieran enterrado vivo. Eso había sido cosa suya. Cuando los lores lo capturaron, necesitaba, por encima de todo, evitar que lo interrogaran. Estando en su celda se quitó las vendas de las heridas que sufrió en el combate. La sangre manó generosa y se derramó sobre el suelo. Después mezcló aguas y tintes para crear una escena de muerte. Los sirvientes chalin lo encontraron; creyeron que se había suicidado, así que lo enterraron como era debido, pues no era costumbre de los gratiosos lores ser innecesariamente crueles.

Bebió de la bolsa de agua que llevaba atada con una cinta a la pierna. Wei había hecho todo lo posible por ayudarle, pero fue una estúpida; debió darle algo de comer.

Mientras se alejaba con rapidez de la fortaleza, se escondía tanto como le resultaba posible tras la alta hierba. En la distancia, los muros de tempestad oscilaban y conjuraban largas sombras que se derramaban sobre el campo de batalla. Tres dirigibles paion sobrevolaban la zona, con sus extrañas luces alienígenas refulgiendo en los laterales. Antes de desaparecer en los cierres del cielo, lanzarían su venenosa carga sobre los soldados. Mo Ti esperó que los centinelas no prestaran atención a la barrera debido a su proximidad. Los soldados a menudo vigilaban lo que no debían.

Igual que los tarig. Para empezar, los sueños no significaban nada para ellos. Aunque no pudieran soñar, permanecían impasibles ante los sueños de otros, sueños de los que quizá podría hablarse, si a los tarig les importase aquel cuyo sueño era importunado. Las monturas inyx hablaban de mente a mente, y estaban convirtiendo los sueños del Omniverso en una espléndida propaganda. Qué deliciosamente apropiado resultaba que la muchacha a la que los tarig habían cegado, su querida Sydney, por quien Mo Ti daría la vida, fuera la primera en descubrir el fatal punto débil de los tarig. Qué apropiado que fuera ella quien los venciera en su ciudad en los cielos.

Pero ahora ese cuidadosamente planeado futuro pendía de un hilo. Debido a la recién llegada. La araña. Una humana, pequeña y feroz, sin asomo de piedad por los mundos que haría arder. Titus Quinn debía detenerla, aunque aún no lo sabía.

La araña de la Rosa, Hel Ese, había venido para forjar una alianza con Sydney. Y lo que era peor, lo había conseguido, y así había logrado además desplazar a Mo Ti con sus armas de persuasión. La mujer había traído de su mundo, cosido entre sus ropas, un pequeño dios que Mo Ti no comprendía y, por tanto, temía. Pero la araña había cometido un error de estrategia. Había permitido que Mo Ti escuchara cuáles eran sus planes. Planes tan crueles que no parecían propios de una mujer, ni siquiera de un ser capaz de sentir.

Se encogió de dolor; la herida del costado. Aún le quedaban dos días de camino hasta llegar al río Próximo, donde buscaría un navitar. Se incorporó y contempló el

cielo plateado, el feroz fluir que calentaba el Omniverso y sus huesos. *Que el Destello me dé fuerzas*, pensó Mo Ti. *Que el Destello me lleve a casa*.

Arrastró su pesado cuerpo por las achaparradas colinas que rodeaban las llanuras de Ahnenhoon. Debía encontrar a ese hombre, Titus Quinn, el hombre por el que se había sacrificado ayer, durante el combate. Entonces no tuvo tiempo de hablarle de la araña de la Rosa que les perseguía a todos ellos. Durante esa breve escaramuza Mo Ti y Titus Quinn se habían enfrentado a los guardias que acudieron en la primera oleada de defensa. Cuando Mo Ti descubrió que podía contener a tres de ellos a la vez, le dijo a Titus Quinn que huyera. Le salvó la vida por un motivo: en lugar de destruir la barrera y las tierras que la rodeaban, Titus Quinn había repudiado su nefasta arma y por tanto permitido que esa tierra siguiera en pie. Por eso, Mo Ti le había permitido huir. Entonces acudieron los lores, que derribaron a Mo Ti. Por suerte para él, la prisionera humana de los lores, Johanna, estaba recibiendo una paliza por parte de los tarig, lo que permitió que los lores pasaran por alto el posible interrogatorio.

Así había logrado escapar Titus Quinn. Wei le habló de ello a Mo Ti mientras yacía en su celda de la fortaleza. Wei era una sirvienta común, enviada por Johanna para ayudar a Mo Ti. Fue un bonito gesto de una mujer moribunda... una mujer que, según se decía, amaba a su señor tarig.

Escupió al suelo y pensó que estaba mejor muerta que en brazos de ese monstruo.

Una sombra cayó sobre él. Un dirigible apareció de la nada, sobrevolando la colina, y se dirigió rápidamente hacia Mo Ti. Se echó al suelo, encogido sobre sí mismo, y por poco perdió el sentido debido al dolor en su abdomen. La pesada aeronave siguió adelante hasta la siguiente colina.

Mo Ti permaneció agachado y escuchó. Silencio. El rugido del motor había muerto ya. Desde las llanuras llegaron sonidos de armas. Se estaba incorporando cuando la vio: recortada contra el cielo, una figura se erigía en la colina más próxima. Sobre dos cortas patas, un paion mecánico, con sus múltiples armas preparadas, recogidas junto al codo. Parecía casi un ser humano, pero no tenía cabeza: era un ser de pesadilla. En la joroba se sentaba el jinete. Un paion.

Mo Ti se quedó inmóvil, pero era demasiado tarde. El paion se giró hacia él. Mo Ti no tenía dónde esconderse; el alienígena podía verlo.

Mo Ti echó a correr colina abajo. ¿Acaso habían desembarcado los batallones del dirigible en la próxima cuenca? Si así era, estaba muerto. Llegó a la ladera y se obligó a sí mismo a ascender, alejándose de los paion. Mirando atrás, vio que el paion le seguía, alzando un brazo acorazado.

Mo Ti se echó al suelo; el haz del láser pasó cerca, pero demasiado alto. Una precisión admirable, teniendo en cuenta que el soldado estaba corriendo.

Otro detalle llamó la atención de Mo Ti. El soldado estaba solo. Los paion siempre luchaban en grupo, formando infranqueables defensas de blancos caparazones. Pero este estaba solo. Caminó hacia delante y apuntó de nuevo. Mo Ti se revolvió y cayó rodando ladera abajo, esquivando los rayos entre gruñidos de dolor.

Se puso en pie trabajosamente y cambió de dirección. Hacia las llanuras. Allí, en la confusión reinante del combate, quizá lograría que su perseguidor eligiera otros blancos. Coronó la cima, respirando con dificultad. Cada inhalación le dolía. Ante él,

en las llanuras de hierba, el humo de los cañones formaba una cortina sobre los disparos y los estallidos de las armas, y sobre los cadáveres. A su espalda, la terrible criatura seguía persiguiéndolo.

Mo Ti corrió hacia los combates, hacia los destellos de artillería que iluminaban de fuego el cielo, hacia los tumultos del combate. No tenía armas con que enfrentarse a los paion; no tenía ninguna oportunidad contra la pesada artillería de sus tropas. Mo Ti maldijo a los paion y maldijo también a Titus Quinn: por él estaba tratando ahora de salvar su vida. Maldecir le sentó bien, le dio fuerzas y ahuyentó el dolor que le provocaba cada pisada.

Miró atrás. El paion se acercaba.

No había tiempo para huir. Mo Ti se giró para luchar.

El paion se acercó y alzó de nuevo su arma. A juzgar por sus andares, parecía dañado. Mo Ti vio que el arma se liberaba del caparazón y se colocaba sobre la mano robótica. Disparó. Mo Ti saltó a un lado y cayó pesadamente. Quedó sin aliento. El dolor casi le hizo perder el sentido. Malgastó unos preciosos segundos poniéndose de rodillas con gran dificultad. Estaba ileso. Mientras trataba de ponerse en pie, Mo Ti apreció que la mano de la criatura colgaba inútil, escupiendo humo. El retroceso había provocado que la criatura se disparase en el brazo, que ahora pendía inerte.

Animado, Mo Ti se puso en pie.

El paion avanzó pesadamente sobre sus patas, de blanco casi inmaculado. Llegaba a la altura del pecho de Mo Ti. Alzó el otro brazo.

Ningún proyectil salió de él. La mano de la criatura era un filo. Así que sería un combate con cuchillos. Eran buenas noticias para Mo Ti. Avanzó, desvainando su cuchillo, de filo corto pero extremadamente afilado. Dio las gracias a Bei por el equipamiento de su ataúd.

Cayeron el uno sobre el otro. Mo Ti esquivó el primer ataque del paion, pero el segundo acertó en su cinto, rasgando el cuero tejido en lugar de sus tripas. El impulso del golpe permitió a Mo Ti atacar a la criatura por la espalda. Mo Ti alzó el brazo y golpeó con rapidez la joroba del paion, que se tambaleó. Mo Ti se acercó; sabía que su cuchillo tendría muy poco efecto ante una armadura. En lugar de atacar, utilizó su única verdadera ventaja: el tamaño. Cayó sobre el paion. Su enorme peso hizo que la armadura mecánica se quebrara ruidosamente. Mo Ti alzó el brazo y golpeó una y otra vez el caparazón. La criatura yacía boca abajo en el suelo.

Cuando ya no pudo levantar el brazo más, Mo Ti se derrumbó, aún encima de la criatura mecánica. La criatura dejaba escapar humo, que ascendió hasta sus fosas nasales. El paion no podía tolerar estar expuesto a la atmósfera del Omniverso. La entidad biológica de su interior se estaba desintegrando, deshaciéndose y filtrándose por las rendijas de la armadura.

Mo Ti se dejó caer al suelo y yació, jadeante, boca arriba, luchando por no perder la consciencia. Por fin, logró incorporarse hasta quedar sentado. Una de las manos del soldado seguía girando en torno a la muñeca, como si tratara de decidir qué arma utilizar a continuación.

—Se acabó —susurró Mo Ti—. Ve con tus dioses. —Había visto paion muertos antes, cuando era soldado. Incluso muertos parecían desagradables y antinaturales.

Se decía que esos seres sin cabeza percibían el mundo a través de sentidos desperdigados por todo el caparazón. Y que nadie podía vencerlos en un combate uno contra uno.

La mano extrajo otro filo, uno largo y delgado. Después, convencida de haber luchado hasta el final, la criatura dejó que el antebrazo cayera al suelo.

Mo Ti se puso en pie y contempló a su adversario. Sangre amarilla surgía de la joroba, donde se escondía el jinete. Mo Ti miró hacia la colina en busca de nuevos perseguidores. Todo estaba en calma, y solo lejanos ecos procedentes del campo de batalla rompían el silencio.

Pisó la muñeca del paion y rompió con su cuchillo el arma que se le ofrecía. Nunca se sabía cuándo podías necesitar otra arma. Después de todo, aún estaba muy lejos del Próximo. El filo se separó de la muñeca mecánica, y Mo Ti lo guardó en su cinto.

Reanudó la trabajosa marcha. No había tiempo para reposar. Si se tendía, dormiría durante días. Y sin embargo, con el paso de las horas, logró permanecer totalmente concentrado en su objetivo: el río Próximo. Titus Quinn. Debía decírselo, y pronto. Hel Ese, la araña, estaba a punto de hacer su movimiento.

Aunque Titus Quinn estaba a una distancia de toda una vida de Ahnenhoon, Mo Ti no perdió la esperanza. Gracias al río Próximo, todos los lugares estaban cerca.

## Prólogo: La Rosa

Lamar Gelde se miró a sí mismo en el espejo. Llevaba un bañador. Tenía setenta y siete años y estaba hecho un desastre. Su piel blanquecina colgaba de un armazón de metro ochenta, de músculos estilizados y fibrosos, de torso estrecho y correoso a pesar del ejercicio diario. El ombligo colgaba a un centímetro del lugar que debería ocupar, y las uñas de sus pies parecían talladas de marfil gastado. Cogió la bata y cubrió con ella su cuerpo, atándola por la cintura.

Al menos su rostro aún conservaba trazas de dignidad. Las últimas intervenciones maxilofaciales le habían quitado treinta años de encima, empezando por los pliegues nasolabiales (que habían menguado) y los de los músculos cutáneos del cuello (que habían desaparecido). Se acercó al espejo: unas franjas oscuras alrededor de los ojos sugerían una nueva intervención, para corregir las estrías musculares. Se recordó a sí mismo que tener buen aspecto a su edad no resultaba inquietante; todo el mundo lo hacía. Quizá setenta y siete eran muchos años, pero si iba a tener una larga vida, no era momento de echarse a perder.

Caitlin Quinn lo saludó alzando su copa. Gelde se acercó hacia ella, y se fijó en que su cuerpo, de treinta y cinco años, aún estaba en buena forma, aunque ella tenía el mal gusto de quejarse de él.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Caitlin señalando con su anillo de datos la casa.

—Seltzer con lima.

Ella transmitió el pedido al muro inteligente, con una sonrisa vacilante. Le había pedido que viniera para hablar con él. Necesitara lo que necesitara, él se encargaría.

Mientras Caitlin se acercaba a la barra para recoger las bebidas, Lamar miró a Rob y su hijo, que jugaban en la piscina. Suspiró. Parecían una familia feliz. Más allá de la superficie, sin embargo, la situación era muy distinta. Caitlin y Rob tenían problemas. Era evidente que Caitlin sentía algo por su cuñado, Titus Quinn, y Rob no tenía ni idea. Desde que vivían gracias a los millones de Quinn, Rob ya no tenía que preocuparse de ser despedido por tener cuarenta años y ser ya incapaz de trabajar con los últimos modelos de cerebros. Ya tenía bastante dinero para dimitir antes de que lo despidieran, y ahora Caitlin y él tenían su propia empresa. Deberían aprovechar su felicidad mientras aún tuvieran tiempo.

Mateo, de trece años, saludó a Lamar desde el trampolín.

—¡Mira, tío Lamar, de espaldas! —Dio un saltito sobre el trampolín y después saltó, encogiendo su cuerpo de la manera que únicamente un gato o un chiquillo podrían hacerlo, para colocarlo en el último momento en la postura adecuada para la zambullida.

Lamar aplaudió, impresionado. Mateo nadó con enérgicas brazadas el largo de la piscina. A pesar de tener cierta envidia, Lamar estaba orgulloso del chico. Era guapo, respetuoso y estaba motivado. Y apreciaba a su «tío». Bien, Lamar había prometido cuidar de la familia. Rob y Caitlin eran ya la única familia que le quedaba a Quinn. Ellos y sus hijos, Mateo y Emily. Lamar se había encariñado de ellos durante la ausencia de Quinn. Mateo era un buen chico. Casi le hacía desear tener uno propio. Sin embargo, Caitlin, sentada junto a él, parecía triste. Y no tenía ni idea de lo triste que tenía derecho a estar. Lamar se sintió como una mierda.

Ella no tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? Era una mediocre, lo bastante lista para encargarse de cerebros sencillos, nada más. Igual que Rob. Nunca llegaría a poner a prueba más de ciento sesenta cerebros. No era culpa suya, pero no estaba preparada para enfrentarse al nuevo mundo.

Mateo hizo un tirabuzón de espaldas y aterrizó sobre el culo. Rob rió a carcajada limpia, y Mateo salió de la piscina, sin aliento pero riendo a pesar de todo.

—Buen chico —dijo Lamar.

—Lo sé. —Caitlin miró a Lamar de soslayo—. Aunque quizá no lo bastante.

Lamar frunció el ceño, y la conversación degeneró en un incómodo silencio.

—Tenemos los resultados. Su test no fue perfecto.

Lamar la miró. ¿No fue perfecto? El Test Normativo. Cielo santo, el muchacho era nieto de Donnel Quinn y sobrino de Titus Quinn. ¿Y su test no fue perfecto? Lamar bajó la vista, sin mirar a Caitlin. La genética es así. Mateo había heredado la inteligencia de Rob y Caitlin. No había nada de qué avergonzarse, pero no era un genio. No como Lamar o Titus. Cielo santo. Era un duro golpe.

Caitlin siguió hablando, con fingida animación.

—Es muy listo. Coeficiente de 139. Todo irá bien.

Bien. Sí, dependiendo de cuál fuese su definición de bien. Pero ¿acaso no tenía Mateo grandes esperanzas? Quería ser diseñador ambiental virtual o algo así... lo tenía difícil. Ni Stanford ni Cornell le aceptarían. Lamar podía hacer algunas llamadas, pero el chico no tenía lo que hacía falta para llegar lejos. No podía hacer cálculos en su cabeza ni entender la teoría cuántica avanzada. Hubo un tiempo en que incluso los de inteligencia media podían dedicarse a la ciencia, pero eso había terminado. El trabajo sencillo ya estaba hecho, y ahora, hablar con un mediocre (por no hablar de un necio) era igual que explicarle a un pigmeo qué era el amanecer.

—Lo siento, Caitlin.

—Claro que lo sientes. —En su voz no había amargura. Lamar era un genio.

Lamar se removió incómodo en la silla. Debería haber estado preparado para esto. Mateo tenía trece años, la edad a la que se pasa el Test Normativo. ¿Qué podía decir?: «¿La inteligencia no lo es todo?». Sí que lo era.

Mateo cogió una toalla y se acercó a los dos adultos. Rob siguió nadando.

—Aún no lo sabe —susurró Caitlin.

—Hola, tío —dijo Mateo.

—Hola, chaval. —Lamar esbozó una sonrisa, cada vez más rígida debido a la rinoplastia.

Mateo dio un sorbo a un refresco, y Lamar lo miró con consternación. El chico entornó los ojos; el sol de julio le hacía parecer confuso y perdido. No había ese brillo en sus ojos, esa mirada decidida. Lamar debería haberlo notado antes. El chico era un mediocre, pobre desgraciado.

—¿Quieres ver un doble tirabuzón? —preguntó Mateo mientras saltaba. Convencido de que cualquier adulto en dos manzanas a la redonda querría ver a Mateo Quinn haciendo espectaculares saltos, echó a correr, sin prestar atención a las protestas de su madre, que le pedía que tuviera cuidado.

Su marcha dejó un vacío en el corazón de Lamar. Menudo desastre. Mateo no formaba parte del club. Ya era bastante malo dejar a Rob y Caitlin atrás, ¿y ahora también Mateo? A Quinn no le gustaría oír eso. Le haría una cara nueva a Lamar.

Lamar reflexionó acerca de cómo su pequeña intriga estaba afectando para mal a su familia adoptiva. Pensó en que tendría que enfrentarse a Quinn por dejar a Mateo atrás cuando se produjera el cambio que afectaría a todo el mundo.

El hecho era que Lamar no quería dejarle atrás. El chico le gustaba, igual que Caitlin y la pequeña Emily. Cielo santo, ¿cómo podía abandonarles?

Y sin embargo no tenía elección. Era un plan monstruoso, pero, si llegaba a ser necesario abandonar el mundo, eso no era culpa de Lamar y su gente. Eso era responsabilidad de los tarig. Planeaban utilizar la Rosa como combustible, y llevaban casi dos años, o más, madurando ese plan. La lista de estrellas consumidas recientemente incluía Alfa Carinae, un excepcional supergigante blanco-amarillo, y que aquellos que se molestaban en saber algo de astronomía conocían como Canopus. Muy pocos se molestaban. Los astrónomos, naturalmente, estaban histéricos. Especialmente dado que, en los últimos tres meses, a la destrucción de Alfa Carinae la había precedido la de Proción, la fabulosa estrella de Canis Minor, y la de 40 Eridani-B, una enana blanca de clase DA. La gente que prestaba atención, como Lamar y sus amigos, consideraba estas desapariciones una prueba más de que el fin se acercaba. Las estrellas habían dejado de existir en un instante. Naturalmente, eso era imposible. Pero no para los tarig.

En realidad, nada podía detenerles, no durante mucho tiempo. El plan de Lamar y los suyos, que habían denominado muy apropiadamente «Renacimiento», aceleraría el proceso de destrucción, después de haber salvado a unos pocos, especialmente dotados, a quienes los tarig podrían tolerar en su hermético mundo. *Os ayudaremos a consumir este mundo. Dejad que algunos de nosotros huyamos, y os mostraremos cómo hacerlo.*

Sí, era grotesco. Pero ¿quién podía combatir a los monstruosos tarig, más que humanos igualmente crueles? En esas consideraciones empleaba su tiempo Lamar, consideraciones que prefiguraban ya el sentimiento de culpa que ocuparía todos sus días.

Pero un nuevo pensamiento comenzaba a surgir. Quizá, solo quizá, no tendría que dejar al muchacho atrás. Lamar Gelde quizá fuera capaz de hacer una excepción a la

regla. Dado su ejemplar servicio al nuevo Renacimiento, ¿acaso no se había merecido algunos privilegios?

Claro que tendría que enfrentarse a Helice, y la mujer era inflexible a ese respecto. Que se fuera al infierno. Era una bruja. A Lamar nunca le había gustado, y no tenía que acatar sus órdenes, dado que estaba al otro extremo del universo. Además, Quinn sabría apreciar su capacidad de improvisación. Quinn le debería una bien grande.

Lamar observó a Caitlin mientras daba un sorbo a su copa. *Maldita sea, soy capaz de hacer algo bueno y decente. Lo soy.*

Las cifras de Mateo cambiarían. Caitlin haría el test de nuevo. Sus cifras también mejorarían. En cuanto a Rob... bueno, nadie iba a echarle de menos. Él no entraba en los planes. Lamar tendría que emplear toda su influencia. Normalmente, el mCeb no lo pasaría por alto, pero lo mejor de todo era que no necesitaba engañar al cerebro mecánico que dirigía el Test Normativo. Tan solo tendría que confundir a los burócratas durante unos días. Después sería demasiado tarde.

Lamar murmuró hacia su copa, sin creer apenas lo que le estaba diciendo a Caitlin:

—Creo que puedo hacer algo por ti y tu familia. —Ya lo había dicho, y eso le alivió enormemente. Una tormenta se aproximaba, que traería un gigantesco sufrimiento, pero alguien al menos recibiría una buena noticia.

Caitlin lo miró y aguardó.

—No puedo decirte de qué se trata. Alguien se aproxima. No digas ni una palabra a Rob ni a nadie, ni siquiera a Mateo. —Lamar reparó en la creciente confusión de Caitlin—. No te preocupes por el test. Pronto, no tendrá ninguna importancia.

—¿De qué estás hablando? ¿Van a instaurar un test nuevo?

—No, ningún test. Eso ya no importa.

Caitlin tensó los labios, pensativa.

—Quizá no te importe a ti, Lamar, pero sí a nosotros.

Lamar la miró fijamente mientras Rob, cubierto por una toalla, se acercaba tras su baño.

—No puedo decirte nada más. No insistas. Ya hablaremos, pero en privado.

Caitlin quiso protestar, pero Lamar negó con la cabeza cuando Rob se unió a ellos.

Pobre Rob. Era hombre muerto. Lamar se sintió como un miserable por saber tanto, mientras la gente normal disfrutaba de sus barbacoas y sus piscinas. Pero Lamar no podía permitirse preocuparse por Rob. Rob era un lastre. Propagaba sus lentas neuronas, les frenaba. Rob no tendría lugar en el futuro. No como Lamar. O Titus Quinn. Hombres con el coeficiente adecuado.

Todo se basaba en tus méritos.

Y, en el caso de Mateo y Caitlin, en a quién conocieras.

«La más elevada de las ciudades es la Estirpe. Pero la más extensa es la Ciudad de la Orilla.»

—De *El camino radiante*

En la ciudad sin fin, Ji Anzi y Quinn dieron por fin con un magistrado dispuesto a casarles. En esta ciudad de cien mil millones de personas, tenían pocos amigos. Tan solo uno, para ser exactos: Zhiya. Y ella era una mujer santa repudiada, aunque las apariencias podían ser engañosas. Anzi sabía que la red de contactos de Zhiya se extendía por toda la Ciudad de la Orilla, por todo el Omniverso.

Uno de los contactos de Zhiya era este magistrado adicto a la resina que yacía ante ellos. Apenas estaba consciente. Era un delegado empobrecido que vivía en el interminable muelle, en un tugurio casi demasiado pequeño para albergar una boda de tres invitados. Lo más conveniente es que el magistrado que oficiase la boda no estuviera del todo consciente. La ciudad entera estaba buscando a Titus y Anzi, con la ayuda de legiones de tarig, quizá incluso de los enemigos de Titus en la Rosa. Era un hombre muy odiado, pero Ji Anzi le amaba.

Ahora sostenía su mano; estaba lista para unir su vida con la de él. Debía hacerse con rapidez. Con tanta gente buscándoles, podían ser descubiertos en cualquier momento. Titus decía que el matrimonio les uniría ahora y por siempre, pasase lo que pasase a continuación. Anzi sabía por experiencia propia que Titus era un hombre que deseaba tener una familia. En el pasado la tuvo. Ahora, la tenía a ella, y parecía que no quería dejarla marchar.

El delegado había consentido en casarles, pero Changjun, que así se llamaba, apeataba a humo de resina y estaba tan débil que apenas podía mantenerse en pie.

Titus se giró hacia Zhiya, la mujer santa.

—Está medio muerto.

Zhiya se encogió de hombros.

—Cuanto menos recuerde, mejor —dijo.

Anzi miró de soslayo al magistrado y se preguntó cómo había llegado hasta aquí; cómo había llegado a estar a punto de casarse con Titus Quinn en un tugurio que apeataba a drogas y vómito.

El delegado pareció dirigirse al punto del que provenían las voces; murmuró palabras ininteligibles.

—Desde luego —le respondió Zhiya—. Vuestros honorarios serán pagados en resina. —Sacó un puñado del bolsillo y abrió la palma de la mano para mostrarlo—. Pronto será vuestra, honorable Changjun. —Zhiya quizá sirviera al dios del Omniverso, pero no se negaba a traficar con drogas o traicionar a quien hiciera falta si era necesario. Titus confiaba en la mujer santa enana, con quien había forjado amistad en su viaje hacia Ahnenhoon. Anzi tuvo que confiar en la palabra de Titus, que le aseguró que Zhiya era enemiga de los lores y apoyaba a Titus, lo que suponía una sorprendente traición para una venerable de tan alto rango.

Unas risas, procedentes del exterior, recordaron a Anzi que entre las multitudes de la Ciudad de la Orilla había muchos que les entregarían con gusto a los tarig. Después de Ahnenhoon, ella y Titus habían logrado una gran notoriedad. Pero ¿qué creía la gente que había ocurrido en Ahnenhoon para convertirla a ella misma y al famoso proscrito en fugitivos? Anzi no creía que los habitantes de este mundo supieran que el Todo necesitaba a la Rosa como combustible. O que supieran que Ahnenhoon era algo más que el campo de batalla de la Larga Guerra. Su fortaleza albergaba el gran motor que ya estaba consumiendo estrellas y permitía que los tarig pusieran a prueba sus planes para obtener más combustible.

Anzi miró en torno a la destartada casucha y se preguntó si el delegado lograría despertar lo bastante para llevar a cabo la ceremonia. Estaba drogado hasta las cejas, y se había orinado encima. No era la boda que Anzi había soñado. ¿Era una buena idea? No habían tenido tiempo de pensarlo mucho. Titus la amaba y quería convertirla en su segunda esposa. La segunda, si es que Johanna aún vivía, lo que no estaba claro. Pero, por Titus, Anzi esperaba que Johanna siguiera con vida. Que el Dios Miserable tuviera a bien descargar los hombros de Anzi de la muerte de la primera esposa de Titus.

Zhiya miró de nuevo hacia la puerta, como si así pudiera evitar que entrara un tarig. Zhiya no podía combatir; apenas medía metro veinte, caminaba con un marcado bamboleo y no parecía dar demasiada importancia a sus deberes religiosos.

Zhiya sonrió al delegado.

—Daos prisa, excelencia —dijo—. Casadlos y celebradlo con vuestro humo celestial.

El delegado se apoyó sobre el codo, pero solo trataba de alcanzar la resina. Zhiya lo cogió de los hombros y lo zarandeó.

—Por el Destello... —comenzó. El hombre cayó de espaldas, con los ojos en blanco. Se había desmayado.

Del otro lado del muro llegó el sonido de las olas golpeando el malecón. La habitación de Changjun estaba espléndidamente ubicada, junto al mayor mar de ambos universos. Aunque, a decir verdad, todos los habitantes de la Ciudad de la Orilla disfrutaban de una ubicación similar, pues la ciudad tenía varios kilómetros de largo y muy pocos de ancho.

Titus miró a Zhiya.

—Comprueba la calle. Nos vamos.

Zhiya no movió un músculo.

—Yo podría llevar a cabo la ceremonia.

Anzi contuvo el aliento.

—No —dijo—, eres una mujer santa. El Dios Miserable nos maldeciría. —Anzi buscó otra solución—. Encuéntranos un sacerdote del Trono Rojo.

Zhiya dio una patada al delegado caído y murmuró:

—Querida, sería muy bonito que un sacerdote rojo nos ayudara, pero, por desgracia, eso haría que nos matasen a todos. Si se te ocurre otra idea, no es necesario que la compartas con nosotros.

—Pero —continuó Anzi, impertérrita—, la Sociedad del Trono Rojo...

—Cree en los lores, en el comercio y en los tres juramentos. No, Anzi, me temo que tendrás que conformarte conmigo. Solo tres pueden hacerlo: un delegado, un capataz de aeronave o un hombre santo. —Zhiya gesticuló hacia el comatoso delegado y continuó—: Solo os quedan dos opciones. ¿Ves a algún capataz por aquí?

Titus miró a Anzi y dijo en voz queda:

—Deja que lo haga, amor mío. ¿Qué más dificultades podría enviarnos el Dios Miserable?

Anzi levantó una ceja. ¿Qué más podía Él hacer? ¿Qué, más que amenazar al universo de la Rosa con la extinción? ¿Qué, más que dar a Titus Quinn un arma para salvar la Rosa, y después, perversamente, convertirla en un arma que no pudiera utilizar? El nicho que Titus había traído al Omniverso, la pequeña cadena plateada que rodeaba su tobillo, había resultado ser un arma molecular que borraría de la existencia no solo la amenaza tarig, sino todo el Omniverso. En Ahnenhoon, donde Titus se encontraba en el momento de depositar el arma en la base del motor, su primera esposa le dijo que hiciera las paces con su dios. Así le hizo saber que estaba a punto de morir. Que todos los habitantes del Omniverso estaban a punto de morir, dado que el arma destruiría todo el Omniverso. Titus le preguntó entonces a Johanna qué sabía ella del nicho, y cómo podía saberlo. Supo que lord Oventroe le había tendido una trampa para que trajera un arma de aniquilación total a Ahnenhoon. Oventroe, que había inspeccionado el nicho y le había prometido que únicamente destruiría el motor.

Habían huido de Ahnenhoon, Titus y Anzi, sin acabar el trabajo: el motor seguía rugiendo. Pero se vieron obligados a dejar a Johanna. Sin duda la habían capturado al pie del motor, el lugar en el que tenía prohibido estar. Sin duda pronto averiguaron por qué estaba allí.

Afortunadamente, Johanna se vería obligada a revelar que Titus tenía esa terrible arma. Y que huyó con ella. Aún podía destruir el mundo de los tarig. Por tanto, los lores no se atrevían a llegar hasta la Rosa y destruir la Tierra para evitar cualquier posible agresión. De no saber que el nicho estaba en poder de Titus, sin duda lo harían.

El problema era que Titus se había desembarazado del nicho.

—Deja que oficie la ceremonia, Anzi —dijo Titus de nuevo.

Titus la miró con ojos tan anhelantes que Anzi por poco perdió el equilibrio. Miró a la mujer santa y trató de decidir si podía consentir en que la casara.

—¿Crees que quiero hacerlo? —preguntó Zhiya—. En mi opinión, Titus debería casarse conmigo. Le deseo desde el primer momento que lo vi. —Se encogió de hombros, como pidiendo disculpas a la futura esposa de Titus.

Titus seguía mirando a Anzi.

—Cásate conmigo, Ji Anzi, y deja que el Dios Miserable nos maldiga como desee. Anzi, ante la blasfemia, alzó dos dedos que colocó junto a su ojo izquierdo.

—Amado, no digas eso nunca.

—Alguien tiene que enfrentarse a él.

Anzi se giró hacia Zhiya.

—De acuerdo, entonces —susurró—. No te han repudiado tanto como a otros hombres santos.

Zhiya suspiró.

—Santa miseria, menudo halago. ¿Empezamos o no?

—Sí, venerable —dijo Anzi, en voz casi inaudible—. Bendícenos. —Cerró los ojos, incapaz de mirar a Zhiya.

Sin preámbulo, la mujer santa murmuró la bendición. Anzi la oyó en una neblina de humo de resina y adrenalina... *Tú que cuentas los pecados, que creas las miserias... no te fijes en esta insignificante pareja, no prestes atención a sus vidas diminutas, viles, despreciables...*

—Anzi —dijo Titus al fin, sacándola de un enfermizo ensimismamiento. La rodeó entre sus brazos y susurró—: Mi amor. Mi esposa.

—¿Ha terminado? —preguntó ella.

—Sí —replicó Zhiya—. Os deseo muchos días de felicidad. —Miró hacia la puerta—. Brindaremos en el burdel. —Se disculpó enseguida—: Es uno de mis negocios, pero allí saben cómo divertirse.

—Titus —dijo Anzi. Él se detuvo, y aguardó a que continuara—. ¿Has pensado en lo que ocurrirá si nos atrapan?

Titus asintió.

—Sí. No lo harán.

—¿Y si lo hacen?

Zhiya suspiró.

—Cuanto más tiempo nos quedemos aquí más posibilidades hay de que os atrapen. Vamos. Ya hablaréis más tarde.

Anzi miró fijamente a Zhiya.

—No. No hay «más tarde».

Titus frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—La cadena. Ya no está. Yace en el fondo del Próximo. —La cadena como elemento disuasorio era la única oportunidad que le quedaba a la Rosa, y Titus lo sabía tan bien como Anzi, aunque no quisiera admitir lo que eso implicaba—. Si nos separamos, y atrapan a uno de nosotros, podemos decir que el otro la tiene. —Anzi percibió enseguida que a Titus no le gustaba la idea—. La cadena aún conserva su poder, siempre que crean que la tenemos. No se atreverán a atacar la Tierra si creen que liberaré la plaga. O que tú lo harás.

—No, Anzi.

—Perdón, pero creo que sí.

—Un gran comienzo para vuestra futura armonía matrimonial —dijo Zhiya con sarcasmo.

Titus no la prestó atención.

—No —dijo—. Si nos capturan diremos que se la dimos a otro para que la guardara.

—¿A quién podríamos dársela? De entre todos los seres inteligentes del Omniverso, ¿cuál de ellos ama a la Rosa? Solo tú y yo. Los lores sospecharán de nosotros.

—Anzi —dijo Titus—. No. No me gusta.

—Podría marcharme sin tu consentimiento.

Ambos se contemplaron durante largos segundos. Titus estaba reflexionando.

Sabía que Anzi tenía parte de razón. Ella pensó que Titus ya había tomado una decisión, pero que demoraba el momento de comunicarla en voz alta.

Anzi buscó su abrazo.

—Amor mío —susurró. Se abrazaron.

Finalmente, ella lo apartó.

—Espérame, Titus.

Titus sostuvo sus hombros.

—Odio esto. Vete, si crees que es lo mejor. Pero no finjas tener el nicho en tu poder. No puedo pedirte eso. No lo haré.

—No. No me lo pidas. —Titus siempre quería hacer lo correcto. Había hecho tantas cosas terribles que pensaba demasiado en los pequeños detalles, puesto que era más sencillo tenerlos en cuenta. Esto era un pequeño detalle.

Cuando Titus comprendió que Anzi estaba decidida, dijo:

—Vuelve a casa conmigo.

—Sí.

Zhiya contemplaba la despedida con creciente impaciencia.

—¿Adónde irás, muchacha?

—A un principado lejano. Uno que ni siquiera puedas imaginar.

Zhiya miró a Titus.

—En ese caso, haré que embarque en una aeronave.

Titus asintió. Tras una pausa, dijo:

—Déjanos una hora solos.

La mujer santa frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Aquí? —Miró al delegado inconsciente en el suelo—. No podéis permitirnos toda una hora.

—Déjanos un momento, Zhiya, maldita sea.

Anzi puso su mano sobre el brazo de Titus para captar su atención.

—Ya tendremos tiempo.

No estaba segura de que fuera cierto, pero lo dijo igualmente, tratando de ser fuerte. Se puso la capucha y se dirigió hacia la puerta.

Titus la detuvo antes de salir, y retiró la capucha. Acarició su rostro con las manos y la besó tan intensamente que Anzi perdió toda su determinación.

Por fin, lo apartó de sí.

—Los chalin nunca dicen adiós. No pienso hacerlo ahora.

—No —dijo él—. Protégete a ti antes de nada. Prométemelo.

—¿Antes de qué?

—Antes de protegerme a mí.

—Lo prometo.

Zhiya tomó la mano de Anzi.

—Ponte esa capucha y salgamos de aquí. —Miró reconfortante a Titus, pero Anzi no podía ya mirarle.

Zhiya y Anzi salieron.

Ya en la calle, la mujer santa se apresuró junto a Anzi en dirección al muelle, donde podían encontrar una nave de navitar.

—Tienes la misma intención de cumplir tu promesa que yo de convertirme al celibato. Eres una gran mentirosa, Ji Anzi.

Anzi asintió bajo su capucha.

—Gracias, venerable.